

Leer: Placer de un encuentro

VICENTA RAMÍREZ GONZÁLEZ*

“Vivir es experimentar en forma continua lo que se origina en una situación de encuentro”

P. AULAGNIER

“La vida no es sino una conversación previa al silencio”

J. BRODSKY

Leemos con el cuerpo, es una experiencia erótica en la que ponemos en juego todos nuestros sentidos. Es una vivencia en la piel en donde algo interno y externo al lector confluyen. Al leer nos colocamos en un estado de ensoñación en donde silencio, sonido e imagen armonizan, produciendo escenas en nuestra mente. Leer es un placer (sé que no para todo sujeto, pero no es propósito de este trabajo explorar ese otro lado de la experiencia). Este placer tiene su origen en una serie de encuentros que permitieron experimentar la palabra del otro en su expresión erógena, un baño de palabras que proporcionaron una experiencia de satisfacción tanto en el trasmisor como en el oyente.

En un viaje de los encuentros personales, quiero mostrar inicialmente la idea mencionada. En el lugar donde nací, no había luz eléctrica; después de las largas jornadas de trabajo en el campo, era usual que nos reuniéramos a la hora del crepúsculo a escuchar las narraciones parentales. La siguiente era una de las favoritas en la voz de mi madre:

“Y allá por la mina de la Yerbabuena, hay una cueva en la que algunos mineros fueron llevando poco a poco oro y plata, y algunas monedas que rescataron algunos hacendados en el tiempo de los cristeros. Con el tiempo se hizo un tesoro muy grande y después muchos han intentado sacarlo pero no han podido porque dicen que quien saque el tesoro tiene que sacarlo todo de una vez para podérselo llevar, así nos contó que mi tío Elías, quien ya había oído de la cueva, un día él mismo se animó a buscarla y andando en el monte la encontró, y quiso entrar con su caballo, pero el caballo no pudo pasar, como que había algo que se lo impedía; entonces entró solo y cuál fue su sorpresa y su júbilo cuando efectivamente vio bolsas y bolsas repletas de monedas, centenarios y alazanas, también piedras preciosas regadas por

*Vicenta Ramírez,
Psicoanalista adherente
de la Asociación
Psicoanalítica de Guadalajara

vicenta0691@yahoo.com.mx

el piso. Entonces cargó con algunas bolsas y, como pudo, se las echó al hombro, pero ándale que al querer salir oyó una voz que le decía: '¡Todo o nada!'; que pensó que alguien lo había seguido y a la mejor había entrado con él, pero no, volteó y no vio a nadie; sólo escuchó otra vez la voz que le decía: '¡Todo o nada!'; era una voz que venía del interior de la cueva, y él intentaba salir con las bolsas en sus hombros, pero como que algo se lo impedía, y no era una puerta o un candado, era esa voz fantasmal que se oía, y entonces que suelta los costales, y pies para qué te quiero, se echó a correr, montó su caballo y no regresó".

Tiempo después, me parecía que reencontraba variantes de esta historia en *Las mil y una noches*. Encontraba a mi madre-Scherezada, portavoz de las historias, cuentos y delirios de la humanidad. Sherezada es el vestigio de un encuentro primero, vive en cada mujer que cuenta historias a sus hijos.

El radio de transistores era el objeto tecnológico más sofisticado con el que contábamos. Cada día esperábamos con ilusión el siguiente capítulo de la trama de Chucho el Roto y su amada Matilde. Entre uno y otro, se entreveraban también las historias que nos compartía mi padre acerca de un tal Odiseo, nombre por lo demás enigmático, pues no conocíamos a nadie por nuestros rumbos que se llamara así, pero eso sí, de que era un gran aventurero, nos quedaba claro. Una de mis favoritas era aquella en donde, en una de sus travesías, *se encontró con unas sirenas que cantaban melodías mágicas, lo malo de esto es que, atraídos por los cantos, los marineros ponían rumbo a la isla y sus naves naufragaban al chocar contra las rocas; y ellos, imposibilitados de llegar a la orilla, morían ahogados*, lo cual me parecía muy triste, pues en aquel tiempo yo creía que las sirenas existían y no las pensaba capaces de tales atrocidades. Por fortuna, *Odiseo había sido avisado del peligro y como quería escuchar los cantos, ordenó a sus*

*hombres que se taparan sus oídos con cera y no se los quitaran hasta que atravesaran la isla. Por su parte, pidió que lo ataran a un mástil para gozar de esta experiencia. Así fue como Odiseo fue el único que escuchó el canto de las sirenas y sobrevivió a su hechizo. Muchos años después, entre las pertenencias de mi padre, encontré unos libros de hojas amarillentas, algunos sin pasta. Entre ellos estaban *La Ilíada* y *La odisea*, en sus páginas ubiqué la versión escrita de esa historia que tanto me fascinaba escuchar, aunque allí con el nombre de Ulises. En la primera hoja venía un sello de la Secretaría de Educación Pública, año 1926. Este dato me maravilló, puesto que en esos libros encontraba el vestigio de un hombre, José Vasconcelos, cuyo deseo de educar y de cambiar al mundo trascendió hasta tocar la vida de mi padre; en él, este ideal cumplió su cometido, pues le abrió a este campesino un mundo más allá de su parcela.*

Mi padre no tuvo la posibilidad de ir a la escuela más que una semana; sin embargo, un encuentro extraordinario con su maestra Aurora Santana marcó un cambio importantísimo en su vida, pues le abrió su deseo de aprender otra expresión de la lengua que fuera más allá de la palabra oral; los signos escritos le fueron atractivos, signos que le prometían un mundo diferente al otro lado de las letras. Después de la frustración de haber tenido que dejar la escuela, esta maestra hizo llegar a sus manos los libros que José Vasconcelos, dotado de un entusiasmo mesiánico, proporcionó a las poblaciones rurales incluso más recónditas, con la idea de impulsar una educación universal. Se proponía divulgar la sabiduría de todos los tiempos. La debatida edición de los clásicos intentaba dar cumplimiento a esta empresa: Platón, Homero, Shakespeare, Cervantes, los trágicos griegos, entre otros, eran, desde su concepción, las fuentes de las que debía "beber el alma nacional". El proyecto educativo de Vasconcelos, nos dice Eva Hicks

(1989), proponía un “viraje espiritual de Robinson a Odiseo, Robinson representa el modelo de educación(...) del hombre técnico e improvisador. Odiseo es el soñador viajero que no puede separarse de su ingenio y de una cultura milenaria (...)”. Él mismo se escribió como un *alter ego* de Ulises en su obra, con el mismo nombre. En un viaje distinto a Odiseo, pero impulsado por su deseo de aprender a leer, mi padre caminaba tres horas para ir a misa en domingo y, después de esto, reunirse con la maestra para que le enseñara el nombre de las letras y algunas palabras. Se apropiaba, así, de una tarea que realizaba día con día en las páginas escritas por Homero, precisamente en el libro de *La Odisea*; en él encontraría tantas y tantas narraciones extraordinarias que, tiempo después, formarían parte de los relatos en los que mezclaba sus cuitas en sus viajes de ida y vuelta como bracero; él era nuestro padre-Ulises.

Madre-Sherazada, padre-Ulises, mis primeros contactos con las letras, contactos que evocan en cualquier lector el encuentro primario con las voces que nos acunaron, melodías parentales que, en sus narraciones, son portadoras de un sentido global del mundo.

Anzieu (1982) se refiere a las voces parentales como un baño sonoro y nos dice que “el bebé está unido a ellos por un sistema de comunicación verdaderamente audiófónico”, en donde destaca la existencia precoz de un espejo sonoro o de una piel audiófónica constituida por un baño de palabras, emociones, estímulos hechos sonidos y silencios que tienen una función importante en la adquisición por el aparato psíquico de la capacidad de significar y luego de simbolizar (p. 171). Para este autor, el baño de sonidos es el primer espacio psíquico de todo ser humano, ya que prefigura el “Yo-piel y su doble faz vuelta hacia adentro y hacia fuera, porque la envoltura sonora está compuesta de sonidos emitidos alternativamente por el entorno y el bebé” (p. 181).

Me atrevo a pensar que es en la conformación de este Yo-piel audiófónico en donde se prefigura el encuentro con la letra en tanto penetra como eco de una voz en una caverna. La voz primera, la materna, la primera lengua, voz que tranquiliza al recién nacido como respuesta a los ruidos exteriores cuando son bruscos o fuertes, *gorgorismos inquietantes del cuerpo sin localizar en el interior*. Es sobre este fondo ruidoso que se erige la voz humana, de la madre y del padre. Una voz que habla al infante, que lo contiene, que lo va conformando en su piel sonora. Una experiencia muy próxima es la que vivía, muy lejos de ser ya una bebé, cuando en el crepúsculo avanzaba la oscuridad, ese mundo perdido, entrañable y amenazante, que era habitado desde el habla de mis padres por tantas y tantas escenas en donde aparecían tesoros perdidos en los muros de las casas o en los pozos de agua, sirenas y cíclopes en otras tierras, vándalos y héroes, mundos donde se libraban grandes batallas entre el bien y el mal. Lo bueno es que en estas historias no teníamos que esperar los años que duró la radionovela de Chucho el Roto para saber si el bien triunfaría, pues, por fortuna, el bien siempre se imponía al final de la noche. Para entonces, parecía que la línea que dividía el bien y el mal estaba muy clara tanto en la fantasía como en la realidad, aunque aceptábamos como parte de esta última, uno que otro delirio.

La psique y el mundo se encuentran y nacen uno con otro, nos dice, por su parte, P. Aulagnier (1977), “uno a través del otro”; son el resultado de un encuentro inaugural entre la boca del infante y el pecho de la madre. El mundo se hace presente en este pecho, que es fuente tanto de placer como de displacer, puesto que no puede haber lo uno sin lo otro, así como en las narraciones que son placenteras gracias a sus momentos displacenteros. Como el nacimiento de un río que tiene lugar por la confluencia de diversas vertientes de

arroyos o torrentes en una cuenca, el nacimiento del psiquismo tiene lugar en el encuentro entre la boca y el pecho, encausando el encuentro de otras zonas-objeto a manera de una pendiente, como el ojo y la mirada de la madre, la piel y el tacto, la voz y el oído, las ideas y el pensamiento; todo esto tiene, a manera de música de fondo, como el sonido del río, la “voz materna como atributo sonoro del pecho, voz cuya presencia se convertirá para el fantaseante en signo de deseo materno, tanto si experimenta placer como si no” (*Ídem*, 92). Así, en este trayecto que va de la percepción de una sonoridad a la apropiación del campo semántico, confluyen, en algún momento, la voz, el tacto y la imagen. El cauce de un río desemboca a un mar, a un lago o a otro río; el cauce de esta cascada de encuentros de diversas zonas con su objeto “desembocan” en la integración de un cuerpo erógeno, que se experimenta como un Sí-mismo. “La buena o bella inteligencia (...) se convierte en el último fruto de este cuerpo cuidado, alimentado, acunado, educado, con la esperanza, podríamos decir, de que ofrezca” su actividad de pensar a la renovación del mundo (*Ídem*, 148).

Las aguas de los ríos, cuando no están contaminadas, enriquecen la vida, así el baño positivo de palabras que vienen de las voces parentales. Las narraciones con las que somos acompañados en nuestro crecimiento, enriquecen nuestra vida interior. Desde las ideas anteriores, planteo que leer es un placentero encuentro porque evoca a su vez un encuentro primario en el que hizo eclosión la vida propia, un encuentro pasado que se actualiza y se renueva en el contacto con la palabra escrita como si se tratara del cuerpo del otro.

En mi caso, no tuve obstáculos para aprender a leer y escribir, lo deseaba desde antes de entrar a la escuela; al igual que a mi padre, me urgía saber qué había al otro lado

de esos signos llamados letras, me intrigaban de sobremanera. Tal vez me quedé picada con los relatos que escuchaba en mi casa natal y que fueron menos frecuentes una vez que nos trasladamos a la Ciudad de México, y que su ritmo impuso un hueco en nuestra nueva forma de vida; hueco que, sin embargo, generó en algunos de nosotros el deseo de leer y, así, alimentar nuestras propias narraciones. En la escuela nos ponían a leer en voz alta; al pánico inicial de mi balbuceo, siguió una inmensa emoción. Al leer en voz alta, se oye uno a sí mismo, el Yo se desdobra, se encuentra con una música interna que en algún momento fue externa y que, aun así, no es la misma, es una música que nos conecta con ese baño de palabras en las narraciones más próximas a nuestra infancia y que invocan una melodía más antigua, la melodía del otro que resuena en nosotros porque integra nuestras sensaciones, emociones y fantasías añejas en las actuales. Por esto es que aun en la lectura en silencio hay sonido, es desde este sonido interno en donde uno puede conectarse en la lectura con armonía, incluso en el silencio está la voz del otro, del tercero, madre-Sherezada, padre-Ulises, y la voz de sí-mismo como otro.

Lamento mucho que, en algún momento, en la vida de nuestras aulas en educación básica, se haya reprobado y suspendido la lectura en voz alta y sus modalidades, en un solo, a dúo o en coro. Me parece que es un ataque a la libidinización de la palabra en una de sus modalidades. No por esto me voy a instalar en la añoranza; por fortuna, la libidinización de la palabra, como los ríos, busca sus cauces; ahora, se ha fortalecido la práctica de los cuenta-cuentos, la presentación de libros y las representaciones teatrales como recursos pedagógicos no sólo de la comprensión, sino como una manera de fortalecer la expresión oral. En todo caso, pienso que al promover la lectura, se promueve la libidinización

de la fantasía, del pensar y, por supuesto, del mundo, pues al leer, y no sólo a los clásicos, como lo pregonaba Vasconcelos, “como que el mundo es más amplio”.

La palabra es infinita y sólo se produce en el encuentro con el otro, en lo que se siente con el otro, de descifrar al mundo en el otro. La continua experiencia correlativa a este encuentro entre el sujeto y el mundo se traduce en forma igualmente continua a través de sus producciones, entre muchas de ellas, la lectura, podríamos contar una historia de nosotros por lo que leemos, como lo dice Antonio Deltoro (1998):

“Cada lector hace a lo largo de la vida un entramado de lecturas característico. Como en un folletín o en una telenovela, en la literatura hay hermanos que no saben que lo son. El lector los reúne y se da cuenta que podrían haber vivido juntos en armonía o pelearse a muerte como quienes tienen afinidades que los separan” (Antonio Deltoro, 1998).

Buscamos nombrarnos en lo que contamos, como mi madre, que prefiere los refranes y las historias de espanto como la de mi tío Elías; buscamos nombrarnos en lo que leemos, como mi padre, que le gustaban las historias de Odiseo; al nombrarnos, nombramos lo que somos y lo que no somos, y lo que quisiéramos ser. A veces lo buscamos en lo que leemos, cuando las palabras aprendidas se nos han acabado, buscamos palabras nuevas

a través del otro, esperando encontrar esa voz armónica que nos permita construir una vida con melodía, como la que escribe Octavio Paz en su poema *Hermandad*, dedicado al astrónomo Claudio Ptolomeo:

Soy hombre: duro poco
y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba:
las estrellas escriben.
Sin entender comprendo:
también soy escritura
y en este mismo instante
alguien me deletrea.

Bibliografía:

- ANZIEU, D.** (1982). *El Yo-piel*. España, Biblioteca Nueva.
- _____(2004). *Las envolturas psíquicas*. Buenos Aires, Amorrortu.
- AULAGNIER, P.** (1977). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires, Amorrortu.
- HICKS GÓMEZ, E.** (1989). “Las misiones culturales: un proyecto de alfabetización para la integración”. En: *Revista de Educación de Adultos*. Vol. 2, Número 3. México: julio-septiembre.
- DELTORO, A.** (1998). “De un cuaderno”. En *Revista Biblioteca de México*. Número cuarenta y tres/enero-febrero. México: Consejo Nacional para la Cultura y las A